

Navarra, un periódico de Tudela

RICARDO OLLAQUINDIA

El 14 de noviembre de 1931 salió en Tudela el primer número de *Navarra*. Era un periódico que se presentaba como “semanario independiente”. Tenía la redacción y administración en la calle Villanueva, 41 (esquina a Bóveda). Por treinta céntimos daba ocho páginas de texto y dibujos. Llegó a tener doce en 1932 y sólo cuatro en 1935.

El formato era de 42 por 31 centímetros. En varias columnas (tres o cuatro) ofrecía temas variados, titulares llamativos e ilustraciones atrayentes. Redactaban el periódico, casi enteramente, los hermanos José María y Jesús Luis Iribarren. El primero publicaba en cada número varios artículos y los firmaba con su nombre o con seudónimos: JIM, FLIT, Armando, Icaro, Pícaro, Ese, Armentia, Aristo, Zeis, etcétera

Otros colaboradores eran: Eugenio Frauca Barreneche, Mariano Sáinz y Pérez de Laborda, Felipe Flórez, Fermín Mugueta, José Ramón Castro, Tomás Zamorano, Javier Gárriz, Demetrio García Abaurre, Antonio Sola, José M^a Mateo, etc. En la última época aparecieron Luis Gil Gómez, José M^a Arregui y algún artículo póstumo de Julio Cejador. Eugenio Frauca Barreneche fue el promotor y patrocinador del periódico.

Navarra se imprimió en Pamplona; el nº 1 por Bengaray Impresor y desde el nº 2 en la Imprenta de Higinio Coronas, Compañía nº 13. La cabecera del periódico y las de las distintas secciones eran dibujos de José M^a Iribarren. Sabido es que, además de la pluma, manejaba muy bien el lápiz. Las páginas del periódico tudelano contienen una espléndida muestra de sus dibujos, viñetas y caricaturas. En cuanto a éstas, sólo el número de 29 de julio de 1933 presentaba las de José Gaytán de Ayala, Esteban López de Goicoechea, Eugenio Frauca, José Ramón Castro, Faustino Durán y Lucio Ledesma.

Para preparar este trabajo, he consultado los 53 primeros números de *Navarra* recogidos en una colección particular y los que se conservan en la Biblioteca pública de Tudela. El último, visto y leído, corresponde al 27 de julio de 1935. Tuvo, pues, cuatro años y medio de vida.

El objeto del estudio es sacar del olvido este semanario de Tudela y descubrir en él a José María Iribarren como periodista. Tenía 25 años en 1931. Había terminado la carrera de abogado y comenzaba la de escritor. Redactó artículos y comentarios sobre los más variados asuntos. Se metió en el berenjenal del periodismo con la ilusión del principiante. Aquella primera experiencia quedó grabada a fuego en su alma. Al final de su vida, en 1970, recordaba así, en el prólogo de la 5ª edición de “Navarrerías”, sus artículos en *Navarra*.

Los compuse en los años de la República –entre 1931 y 1935– y fueron publicados por vez primera en un periodiquito semanal de mi pueblo, Tudela de Navarra, donde en aquellos tiempos, tan agitados por las luchas políticas, mis breves desahogos literarios cayeron en el más hondo vacío y en la más absoluta indiferencia.

La verdad es que entonces este vacío y esta indiferencia no podían desalentarme. Yo tenía vocación de escritor (luego la he demostrado a través de mis obras), y el que tiene vocación literaria escribe “porque sí”, porque “le sale de dentro”... Porque, aun cuando el oficio de escritor dé muy poco dinero y bastantes disgustos, produce, en cambio, muchas satisfacciones.

Una de ellas es esa que os decía: la de ver que aquellos mis artículos juveniles y localistas, que habrían leído, sin mayor interés, cuatro docenas de tudelanos, llegasen a gustar a lectores, escritores y críticos de fuera de mi tierra.

Se refería con esto a los artículos, publicados por primera vez en *Navarra*, que fueron después reproducidos en otros libros suyos.

PERIODISTA DE CALLE

José M^a Iribarren salía de la redacción en busca de la noticia y el suceso. Iba a todas partes con su cuaderno de notas. Comentaba lo que sucedía en Tudela y en la Ribera tudelana. Vamos a ver dos ejemplos, dos artículos que no pasaron a las páginas de sus libros posteriores y que apuntaban ya las características de su estilo literario. Uno trata de asuntos municipales. El otro se titula *El bautizo laico en Caparrosa*.

Crónica de la sesión del Ayuntamiento de Tudela del jueves 19 de noviembre de 1931.

Riña, jaleo y una injuria así de grande.

Asisten don Anselmo (Blanco, el alcalde) y siete concejales. Se lía el secretario a leer muchos papelotes. Sestean los munícipes. En aquel ambiente, ninguno hubiera barruntado la tronada. Pero ésta vino, preñada de centellas. Luego..., nada. Nadie allí se tuvo por mojado. ¡Y hay que ver si hubo chaparrón!

Con ocasión de un escrito en que los empleados Srs. Suescun y López protestan de los conceptos contra ellos vertidos por el Sr. Ochoa, se armó la gresca padre entre este concejal y el alcalde. Daremos una idea del diálogo, digno de pasar a las antologías forenses.

El Sr. Ochoa: Yo pido que el Sr. Alcalde diga la verdad de lo ocurrido.

El Sr. Alcalde: Yo le dije toda la verdad y constan mis palabras en el libro de actas. “Y cuanto escrito está en él, mantenido está por mí”.

El Sr. Ochoa: Es que lo que V. dijo no es la verdad.

El Sr. Alcalde: Yo dije la verdad. Y V. me está ofendiendo.

El Sr. Ochoa: Yo protesto de que el Sr. Alcalde no quiera rectificar en este asunto.

El Sr. Alcalde: (In crescendo.) Y yo protesto también... y con toda la fuerza de mis pulmones... y pido una satisfacción...

El Sr. Ochoa: Yo no tengo porqué dársela.

El Sr. Alcalde: (En medio del barullo.) Que consten en acta las palabras del Sr. Ochoa.

El Sr. Ochoa: Y que consten en acta las del Alcalde.

El Sr. Alcalde: (Muy amoscado.) Vuelvo a insistir en que ya dije la verdad.

Y es entonces cuando el Sr. Ochoa, congestionado, irónico, suelta en las barbas del Alcalde, la siguiente y lapidaria frase: “Será la primera vez que dice la verdad el Señor Alcalde”.

Por el ámbito del Salón cruza, acusada y rotunda, la figura jurídica de la injuria. Hay murmullos y revuelo en el público, que exterioriza su indignación ante las palabras impulsivas del concejal socialista. Se levanta un concejal. Luego otro. Escribe de prisa el Secretario...

Al cabo, todo se apacigua. Y al poco rato el Sr. Ochoa se mete con el pozo de las monjas Clarisas, con los profesores del Colegio, con los obreros y empleados que en la Hidráulica y en la Azucarera trabajan 12, 14 y hasta 15 horas, con el Delegado del Trabajo que no cumple con su deber.

Este Sr. Ochoa viene a ser en el Ayuntamiento como un Inquisidor terrible que todo lo husmea y que de todo acusa. Un inquisidor gordo, con una cara que le vende, con una cara roja, oronda y bonachona de abad.

Al oído de José M^a Iribarren llegaban noticias de sucesos ocurridos en pueblos de la Ribera. Era un tiempo en que la situación política provocaba cambios en las costumbres. Algunos, curiosos y chocantes. En el *Navarra* del 14 de noviembre de 1931 publicaba el siguiente relato:

El bautizo laico de Caparroso
(Humorada sobre lo ocurrido el jueves último).

Caparroso es una villa simpática y hospitalaria que tuvo un día la humorada de parir a Rada; ese mozo romántico que es la pesadilla del Cuerpo de Prisiones.

Pero Caparroso tiene a un lado del pueblo una ristra de cuevas ahondadas a pico en la arcilla dura de la Bardena. En sus oquedades unos auténticos cavernícolas nacen, crecen, se reproducen y mueren. Y este fondo de caverna (como en Arguedas, como en Valtierra) pesa sobre la villa como una rémora de ancestralismo. Pero en Caparroso no es lo triste del caso el “cavernismo”, sino el “tabernismo”. Ese tabernismo caparrosino que ha fraguado estos días la originalidad regocijante de un bautizo civil con bandera y sin peladillas, el primero de su clase en Navarra.

Un bautizo que trasciende a jarro y a vinazo plebeyo. Aún braceaba en el claustro (en el pasillo si queréis) materno la criaturica, cuando algún tabernícola propuso:

—Lo himos de cristianar por lo civil, pa que se amuelen los curas, ¿qué sus paice?...”.

—Pues que decir cristianar y por lo civil —diría el sabio de la tasca— es una metonimia de vocablos, ¿te enteras?

—Dispéname si farto, Vitorio —respondería el otro—.

Luego —esto me consta— discutieron el lugar de la ceremonia. Hubo quien propuso bautizarlo en las eras, bajo el cono amarillo y áspero de las pajeras. Hablaban otros de bajarlo al río y darle un capucete en las aguas

coloradas del Aragón (el Jordán de Navarra). Por fin, acordaron celebrar la ceremonia en el Ayuntamiento.

El padre del infante, un infeliz, prestóse a todo. En Caparroso dicen que hay duros de por medio. Es el hecho que el jueves tuvo lugar la ceremonia. Siento en el alma no haberla visto. He logrado, no obstante, detalles de quien tuvo la inefable dicha de presenciarla.

Abría paso a la comitiva el Secretario, enarbolando la flamante bandera del Círculo Republicano. Unos cuarenta hombres seguían al gonfalonero. Destacaba de entre ellos un mocico portador de una extraña insignia. Consistía ésta en un palo, en la punta del cual brillaba la escarlata rabiosa de un enorme pimiento morrón. Bajo el simbólico pimiento colgaba un ristre de longaniza.

Iban nuestros laicos personajes graves, hieráticos, litúrgicos. Un aroma de sagrada emoción, sólo turbado por los silbidos agrios de la mocetina, invadía las calles de Caparroso, al paso de la genial comparsa. Al final de ella, dignísimo, eclesiástico, iba el padrino. Una enorme percalina tricolor colgaba de sus hombros a manera de capa pluvial.

El neófito dormitaba en los brazos del extraño ensabanado. De los ventanucos prorrumplía el rostro burlón de las mujeres. En el Ayuntamiento fue el bautizo. Y de nuevo al salir cruzó por las callejas, entre barro y silbidos, la civil comitiva, llena de unción y de percalina, bajo el simbólico pimiento, bajo la longaniza venerable.

¡Qué pena no saber el nombre que le han puesto al mocete!

J. M^a. I.

Este escrito, publicado en la sección titulada “Cada palo aguante su vela”, debió de levantar ampollas en algunos. José M^a Iribarren hizo posteriormente el siguiente comentario: “Del primer bautizo laico, celebrado en Caparroso en noviembre de 1931, escribí yo un artículo en un periódico de Tudela. El artículo hizo que la prensa izquierdista de Navarra arremetiese contra mí. En el periódico socialista “Trabajadores” me llamaron de todo: “abogadito”, “pollo educado en los jesuitas de Tudela”, “sacristán de la Mejana”, “pobre literatoide”, etc. etc.”.

En busca de temas iba José M^a Iribarren a los mentideros locales más frecuentados, la taberna y la barbería. Les dedicó varios artículos, que son ejemplos de literatura costumbrista. Veamos dos, que tienen relación con la prensa escrita de su tiempo. En el número del semanario correspondiente al 5 de marzo de 1932 publicó “Meditaciones en la barbería”. He aquí algunos párrafos:

El “Mundo Gráfico” y la “Estampa” son tan esenciales a la barbería como esos “Blanco y Negro” (siempre de añejas fechas) que en la antesala colocan los dentistas por distraer el miedo del paciente de la garra del forceps o de la temida roedura del torno. Gracias a las revistas gráficas, las peluquerías de principios de siglo (verborrea y carteles de toros) han perdido su aire tónico de sainete para envolverse en un aroma de lociones y de intimidad.

Si no fuese por ellas (escudo que desplegamos en el sillón para defendernos de la figaresca verbosidad), nos sería imposible percibir –en las pausas del tijereteo– el dulce hervor de la cazuela sobre la estufa o el latir del reloj peluquero ¡tan adorable!

Y así, mientras el Fígaro se dispone a enhebrar una charla con ese “¿cómo quiere usted las patillas?”, yo me sumerjo en consideraciones sobre el

conflicto chino-japonés ante una plana toda colmada de fotos de la guerra. “¿Cuadradas o en punta?” Yo le digo al barbero que “cuadradas”, mientras miro al caballico menudo sobre el que Chan Kai Sek erige su energía de mariscal y a un soldadito chino tendido en el suelo, acariciando una ametralladora. ¿Dónde he visto –me digo– la cara de este chino? Se parece un horror a uno que vendía collares en la Gran Vía madrileña...

El barbero ha venido a sacarme de mis divagaciones, me ha puesto su espejico detrás de la nuca y me ha obligado a menear la cabeza en ese gesto de aquiescencia estúpido contra el que es vano rebelarse. Luego llegó el asedio “¿una loción? ¿un baño de cabeza? ¿masaje? ¿le damos fijador?” Después la perra gorda, el “servidor de usted”, la peseta, la perra gorda al chico que hace como que nos cepilla y nos ayuda a no encontrar la manga del abrigo y el “adiós, que usted siga bien” de nuestro amabilísimo barbero. José María Iribarren.

En el número de 19 de septiembre de 1932 publicó “La taberna”, en la serie “Estampas riberas”, con el seudónimo Aristo. Comenzaba así:

En la Ribera, región agraria por esencia, la taberna florece con la espontánea profusión del cardo. Nada signa mejor esta pareja relación del campo y la taberna, como ese ramo de romero que cuelga del dintel su mano múltiple y olorosa. Ella recoge a las anochecidas todo el hondo latido del agro. En ellas, como en caracolas, resuena la voz de la masa rural.

Y hora es ya de reivindicar el significado de la taberna como institución; de la taberna ineludible, necesaria, y de redimir a “lo tabernario” del sentido peyorativo en que hoy es arrastrado el vocablo.

Recuerdo haberle oído a Pedro Rico en el Palacio de Justicia algo que bien pudiera ser el comienzo de esta revisión de lo tabernero. Al concepto de la taberna como madriguera de delincuencia y antro de alcoholismo supo él oponer el de la taberna, como “club de los pobres”, como “casino de los hombres del agro”, donde el humilde goza y descansa de la diaria, de la ruda labor.

La taberna ribera acusa peculiaridades que permiten diferenciarla, personizarla. Los hortelanos van a ella “a estarse”, a reposar... dos horas, tres horas. No a comer; en la taberna no hay cocina ni se sirve otra cosa que sardinas de cubo y, si comen algo los cofrades, es de lo que ellos llevan (rabanetas, lechugas, caracoles) o de lo que ellos asan en el brasero tabernero. Ni a jugar, porque la baraja está proscrita allí. Van, repito, a “estarse”, sentados en la silla o en la banqueta (las mesas faltan en la taberna típica) y a charrar de sus cosas –trago va y trago viene–, enzarzándose a veces en disputas, discutiendo si durante ellas “uno le fartó o no le fartó al otro” (esta palabra faltar suena allí a todas horas)...

Ninguna labor política eficaz sin trasponer el umbral de la taberna. De ahí “el sargento” como institución. El sargento, es decir, el propagandista disfrazado, el muñidor pre-electoral que va, entre vaso y vaso, destilando entre los cofrades la miel pegajosa de su proselitismo... La taberna se va “civilizando”. Era agraria, rural, y hoy se ha hecho ciudadana. Si hoy no entran en ella con las azadas y las alforjas, entran con el periódico. Y el periódico, si ha llevado a la taberna el morbo de lo ácrata o la inquietud socializante, ha ido puliendo en cambio la ancestral rustiquez tabernaria...

He aquí un hecho trascendental: la entrada del periódico en la taberna. El eco de lo impreso allí dentro. Claro es que la Prensa es vista en la taberna, teniendo delante un vaso o un porrón, el vidrio de los cuales hace aguas y deforma o agranda la visión de la letra. Pero esta visión y no otra

es la válida allí. La taberna no se cura de aquilatar sus juicios. Prefiere al clasicismo de lo analítico la voluta barroca de la divagación...

SEMILLERO DE LIBROS

En el *Navarra* sembró José M^a Iribarren las semillas que después se convertirían en espléndidas cosechas de libros costumbristas y filológicos. Un ejemplo es la palabra “sargento”, recogida en el artículo sobre “La taberna” (anteriormente transcrito) y definida en el “Vocabulario Navarro”:

“Llámase así en Tudela al individuo que en la época de elecciones iba por las tabernas, haciendo propaganda entre la gente baja para que votasen la candidatura de un partido político. Debe de proceder la palabra de los Sargentos; que antiguamente hacían propaganda entre la gente humilde para que se alistaran en los Ejércitos del Rey.

En el *Navarra* publicó una serie de “estampas riberas” tituladas: “La campaña de la remolacha”, “Vísperas de las fiestas en Fustiñana. Hoguera, vino y nueces a pasto”, “El cabestro inquilino de Ablitas”, “Lorca de noche”, “Cuentos de Tudela”, “Granos de sal ribera”, etc. Presentó a tipos populares: “Cañete el tudelano”, “Linos, furtivo y sacaleche”, “Geminiano Moncayola”, “Los secretarios organistas”, “El barbero de pueblo”, etc. Algunos de estos artículos se convirtieron en capítulos de sus libros “Batiburrillo navarro” y “Navarrerías”.

En el *Navarra* inició José M^a Iribarren la recogida de palabras que, cuando se contaron por miles, constituyeron la base de su “Vocabulario navarro”. Antes hemos puesto el ejemplo de “sargento”. Se pueden poner más: fuina, moña, cipotero, picudos...:

Cuando éramos mocetes, llamarle a uno picudo o colín era inferirle el mayor agravio que, con certero instinto, adivinaban nuestras mentes infantiles. El picudo era el acusador pérfido de nuestras travesuras a quien podía castigarlas, para congraciarse con él. Era el único mérito que podían alegar esos abyectos. Y lo mismo el colín. Ambos eran el tipo de la deslealtad, de la felonía, de la traición. Seres nacidos para ser esclavos de por vida.

Al mismo tiempo que palabras, José M^a Iribarren recogía, ya en aquellos años, dichos populares. Su libro “El porqué de los dichos. Sentido, origen y anécdotas de los dichos, modismos y frases proverbiales de España”, comenzó la andadura en el *Navarra*. Como curiosidad, se puede anotar que el primer dicho de su colección fue “Ahí me las den todas”, cuyo sentido y origen adelanta en el *Navarra* de 12 de febrero de 1932 con el relato de esta anécdota:

Un alcalde mayor puso auto de prisión contra un pillastre, quien sacudió una terrible bofetada al alguacil que fue a prenderle:

–Toma; para el juez que te envía– díjole.

El alguacil, amostazado, presentóse al alcalde mayor y le dijo:

–Ahora mismo acaban de pegar a su señoría una terrible bofetada en esta mi cara.

A lo cual contestó el alcalde con mucha sorna:

–¡Oh! Entonces, ahí me las den todas.

En otro número del semanario contaba la historia o la anécdota de la frase: “Manos blancas no ofenden, señora”, dicha por Francisco Tadeo Calomarde, Ministro de Gracia y Justicia de Fernando VII, tras recibir un bofetón de la infanta Carlota. Se ve que los primeros dichos célebres, recogidos por José M^a Iribarren y que le hicieron especial gracia, fueron los referentes a bofetadas y bofetones famosos.

De Tudela también recogió algunos dichos célebres. Publicó, destacándolo con una viñeta, el de “la Manta” que decía: “Ese es (o tú eres) de los de la Manta” y que era peor que una bofetada en pleno rostro, ya que tocaba el honor y la limpieza de sangre. Explicó su significado en el *Navarra* de 25 de julio de 1932:

Por el año 1610 se colocó en el paraje más público de nuestra Catedral (en la capilla del Claustro) la famosa Manta de Tudela, lienzo grande donde estaban escritos los nombres de los nuevos cristianos o judíos conversos. Esta manta se colocó “para que la limpieza (de sangre) se conservase en la Ciudad y otras partes y se sepa distinguir los que descienden de los tales (judíos), para que con el tiempo no se oscurezca y estinga la memoria de los antepasados y se sepa y pueda distinguir la calidad de los hombres nobles”.

Hacia fines del siglo XVII desapareció la famosa Manta, cuyo nombre perdura todavía en muchos dichos populares de Tudela. El Tribunal Supremo tiene declarado en varias sentencias que el decirle a un tudelano “eres de los de la manta” constituye una injuria grave.

En el mismo número del semanario (25 julio 1932) publicaba la glosa de otra frase célebre: “Con Alfonso mío Señor, non querría lidiar”, que tenía alguna relación con Tudela:

En Enero del año 1083, el Cid Campeador, que estaba entonces al servicio del Rey moro de Zaragoza, se retira a Tudela porque, como dice el Poema: “Con Alfonso mío Señor, non querría lidiar”.

Alfonso VI pone sitio a la ciudad de Rueda, de acuerdo con el Gobernador moro de dicha plaza. Pero éste traiciona al Rey castellano y, lejos de entregarle la ciudad, le inflige una gran derrota. Entonces el Cid parte veloz de Tudela a presentarse ante su antiguo Rey y le jura no haber tenido parte en la traición y batalla de Rueda.

TUDELA EN 1931-1935

¿Cómo era Tudela en 1931-35, vista por Iribarren, descrita en sus estampas periodísticas? Las planas del *Navarra* la muestran. Son las paredes de una exposición donde el escritor colgaba sus artículos como cuadros. Algunos pasaron a las páginas de los libros costumbristas, ganando en valoración literaria. Así, “La campaña de la remolacha”, leída en “Navarrerías”, parece redacción pensada para una antología; pero, contemplada en *Navarra*, es la descripción de la pura realidad.

Otro artículo sobre la Tudela de entonces, titulado “Nuestra Feria”, apareció en el número de 19 de noviembre de 1932 y en él quedó como documento. Vamos a reproducirlo aquí, aunque sea parcialmente:

La Ribera congrega en Tudela sus hombres estos días de feria. Y se anima nuestra ciudad más que en las fiestas de Santa Ana. (Nota al margen: En la feria de noviembre hay más animación que en las fiestas de julio).

Por todo caras nuevas. Caras forasteras llegadas en la boca de los autobuses. Cientos, miles de pies ocupados en acarrear el barro del Paseo de Invierno, de este nuestro paseo que en la feria se llena de luz, de músicas, de barracas, de churrerías. A la entrada del pabellón, el gigante de cartón mueve su cabezota y guiña un solo ojo, llamando gente a la taquilla. En la barraca próxima la mona hace visajes bajo la cruda luz de las bombillas, mientras el melenudo invita al público a admirar las monadas de su perro Berlín...

Caras majas. Forasteras guapazas. Galanes. Murguistas que arrancan de unas cuerdas –al extremo de unos tamborcillos– raros sonidos de codornices locas. A un lado un hombre gordo, gafas y guardapolvo, hila azúcar en copos levísimos, que devora la mocharrina. Enfrente el tío Pedorro muestra las baratijas de su cañizo. Ringlera de casetas heterogéneas. Churros, cocos, peladillas, dulzainas. Algarabía, ruidos de altavoces roncacos, de merchantes, de multitud. Arrempujones, barrillo y yo-yos, muchos yo-yos.

Cuando anochece la sábana del cine alterna con la percalina del quiosco, y a la gritería de los que se ríen de Charlot suceden los acordes del pasodoble o la charanga que, a la puerta del circo, avisa la proximidad de la sesión extraordinaria...

Compañía de teatro “Barrón galache” en el Cervantes. Circo en las Herrerías. Circo en el salón del Novedades. Movimiento de gente en las calles. Y el Círculo Carlista, como el Mercantil, como el Casino, atiborrados de parroquia. A las noches la jota ribera salta entre rondas de mocina hasta la madrugada.

Lástima que lloviera todo un día. Pero es tiempo de sementera y todos nos alegrábamos de ver caer el agua, que hará fructificar el trigo de mañana.

A este festejo le dedicó, con el seudónimo JIM, una página entera del *Navarra* 21 de noviembre de 1931 que presentaba: un dibujo en cuadro atiborrado de figuras, el título “Alegoría de la feria” y dos columnas de versos (o rios, según él) endecasílabos en cuartetas. Es una descripción versificada. Insólita en José M^a Iribarren. Quizá única. Por esto merece ser conocida. He aquí algunas estrofas:

Así es –lector– la alegoría
de nuestra feria de Tudela:
baraúnda y algarabía
con un frío “que se las pela”.

Mañanas grises, empañadas,
acribilladas de relinchos;
las mocicas endomingadas
y los mozos con trajes pinchos.

Hombres y bestias, la Ribera
junta bajo un sol otoñal
oblicuo y falso. En las afueras
la algarabía del ferial.

Jacas gordas de anca partida,
desnudas, la cola flotante.
Vacas dulces, adormecidas,
con el hocico rezumante.

La feria alzó sus barracones
en el Paseo de Vadillo,
entre música de orquestiones
y chin-pon de bombo y platillo.

A la puerta de su barraca
se hiela de frío el payaso,
con su cara harinosa y flaca
y su lacio traje de raso.

Tres mozas tristes, del avío,
a la puerta del Pabellón,
resucitan llenas de frío
el entierro del charlestón.

Gira incesante el volador.
En las barracas ríen cazurros.
Pica en la nariz el olor
de las fritangas y los churros.

Hombres de manta y de pelliza
hormiguean entre el ferial
y su mirada profundiza
las entrañas del animal.

Gitanos, tratantes, chalanos.
Viejas que venden aguardiente.
Delante de los charlatanes
abre su boca la gente.

La noche limpia su moquita
en el enorme pañolón
de “los cuadros”. La turba grita
viendo a charlot en el telón.

Bombo, músicas, altavoces.
Bajo la boba luna invernal
suben al espacio las voces
y los olores del ferial.

En el *Navarra* del 23 de julio de 1933 publicó José M^a Iribarren su mejor vista panorámica de Tudela: “Estampas de mi pueblo”. Es un artículo conocido, porque pasó a formar parte de “Navarrerías” con el título “Mi visión de Tudela”. Comenzaba así:

Tiene mi pueblo una Catedral. Con los oros del sol en los ladrillos de la torre. Con los primores del románico y del gótico en las arquivoltas de los portales... Tiene mi pueblo –no podía ser menos– un castillo. Encorinado sobre una loma parda, monda y lironda, de los tiempos en que el rey Sancho el Fuerte se encerró en él... Tiene mi pueblo un puente de sillares, por debajo de cuyos arcos se escurre el río, ancho y caudalero, como un buey rojo sujeto por diecisiete yugos...

Sobre la población de Tudela en aquel entonces, y la gente que se movía por sus calles, escribió el 21 de mayo de 1932 la siguiente estampa con trazos caricaturescos:

Demografía en broma.

Todas las tardes llegan en el rápido a nuestra ciudad un señor de guardapolvo oscuro, el caramelero, una mujer con una cesta al brazo y dos viajeros catalanes cargados de paquetes y de acento.

Casi todas las mañanas salen de nuestra ciudad para tomar el mixto de las 10 un tratante de Ribaforada, los dos viajeros catalanes y una mujer gorda con dos pozales, un caballo de cartón “pal chico” y un paquete de postales que le encargó la Raimunda. Corriendo que se las pela, por lo que ella se dice: “El tren no espera”.

Todas las tardes a las 3 cruzan la plazuela de San Jaime cuatro hombres modestamente vestidos que llevan al hombro palas, harpillas o medialunas, según los días. Son la Brigada Municipal. A las 3 y media estos hombres ya han llegado a la calle de Yanguas y Miranda. Para las 4 ya están en las Herrerías. Allí hacen unos montoncitos de tierra la mar de monos, fuman unos cigarros y se vuelven. Son los de la Brigada Municipal.

Cinco veces al cabo de su vida ha intentado disparar sus pistolas el Cuerpo de Serenos. Una sin hacer blanco. Dos porque se les encasquilló el arma. Y otras dos porque se olvidaron de ponerles las cápsulas.

En Tudela existen 257 muchachas de servicio. 50 de Tudela que dicen ¡jolín! y ¡odo! 32 de Murchante que dicen ¡jo mío! 80 de Ablitas que dicen ¡toca! y 95 de Cascante que también dicen ¡toca! Todas ellas exclaman ¡Asqueroso! cuando las piropean; hablan pestes de sus dueños y se cuentan los lunes cómo les fue en el baile.

Todos los días acuden a la barbería de 300 a 400 parroquianos. Excepto los sábados, en que no pasan de 200. Y es que los hombres se echan esta cuenta: “Todo el mundo va el sábado”. Y no van.

En Tudela hay 500 braceros: 150 de Tudela y 350 forasteros.

ACOPIO DE CURIOSIDADES

José M^a Iribarren hacía acopio de noticias curiosas, tomadas de lecturas y archivos, y las presentaba como “Viñetas históricas” con dibujos y textos propios. He aquí tres, publicadas en el *Navarra* de 25 de julio de 1932:

Pórtico de San Nicolás

El famoso arqueólogo alemán y eximio crítico de arte Augusto Mayer, en su última y reciente obra titulada “El estilo románico en España”, cree ver en el tímpano de iglesia de San Nicolás de Tudela una de las primeras obras del maestro Mateo, el célebre escultor provenzal del siglo XII, autor del maravilloso Pórtico de la Gloria de la Catedral de Santiago de Compostela. Innecesario nos parece remarcar la importancia que para el arte tudelano supone este descubrimiento del sabio profesor alemán.

La jornada de trabajo en Tudela

Tres siglos antes de que el socialismo inglés preconizara la jornada de las ocho horas, regía ésta en nuestra Ciudad, como lo prueba el Acuerdo Municipal de 3 de marzo de 1611 que dice así: “Primeramente ordenaron que se haga pregón a los peones, dándoles por día a dos reales de jornal, trabajando las ocho horas que es de costumbre, so pena de un ducado por cada día que lo contrario hicieren y más diez días de cárcel”.

Los jornaleros solían contratarse en la Plaza de Santa María, llamada por esto Plaza de los Peones, y también Plaza de la Puerta Pintada, por hallarse antiguamente policromada la puerta románica de la Catedral que se abre a dicha plaza.

El Cabildo y las verduleras

En una de las Actas Municipales correspondientes al siglo XVII encontramos una noticia curiosa. El Cabildo de nuestra Ciudad se queja al Muy Ilustre Ayuntamiento de que las verduleras de la Plaza de Santa María arman por las mañanas tales griteríos que les impiden rezar con devoción los Oficios Divinos.

La que hoy llamamos Plaza Vieja ha sido a lo largo de la historia panteón, palenque de torneos (en el que halló la muerte, al tropezar su caballo, el hijo de don Sancho el Fuerte), lugar donde los Reyes juraban los Fueros de Tudela, plaza de toros y Mercado.

AMIGO DE PINTORES

José M^a Iribarren tuvo amigos pintores y escribió sobre ellos, trazando su perfil humano y comentando su obra artística. Así, en la revista Pregón de Pamplona, “Basiano, el pintor de Navarra” y “A la memoria de Ramón Stolz”; en la revista Fiestas de Estella, editada por Cirilo Zunzarren, “Genio y figura de Gustavo de Maeztu” y “Basiano y Estella”. En el semanario Navarra de 2 de abril de 1932 publicó “El artista y su obra”.

El artista era Miguel Pérez Torres y su obra, un cuadro titulado “Verduleras”. Lo acababa de pintar y lo iba a enviar a la Exposición Nacional de Madrid. Era la noticia artística de la semana y merecía un comentario en la prensa local. Se trataba de un pintor de reconocido prestigio, que había sido premiado en 1922 en el concurso de Bellas Artes.

Un mes; dos meses se ha pasado el artista trabajando en el desván de su casa. El desván del artista rezuma un vago aroma fáustico. El rumor de la calle llega a él emblanquecido, mezclado casi con el zureo del palomar preñado. El sol mete sus lanzas de siete colores por el tragaluz de la buhardilla y acendra en los rincones el polvo de los talabartes caseros, las jaulas viejas, la guitarra sin cuerdas, el cacharro de cobre, el acordeón reumático, el violín que duerme en su caja como un parvulico en su ataúd...

En este desván se encerraba a las mañanas el artista con sus hortalizas y sus verduras, aquellas sus verduras que le traían –recién cortadas– de la Mejana, las más rufas, las más lucidas de Tudela. Pintó primero unas cebollas relucientes, junto a una calabaza cuyas entrañas asomaban entre la raja enorme. Luego la cabezota nieve de una pella, desbordando las hojas gordas de tocar las zambombas, y el verde enérgico y jugoso de la achicoria y el azul ascético de las borrajas y el gris plata de la alcachofa colmada de cogotas verdes...

Tres pasos hacia el lienzo y tres pasos atrás a cada pincelada. “¿Verdá que paecen cosas de comer?” –me decía el artista, gozoso de su cuadro. Una mañana me contó que todas las verduras que pintaba se las comían después todos. Algo así –me decía yo– como si la familia del artista se comulgase de la gloria del cuadro.

Pero una mañana, cuando el artista parecía haber agotado los colores de su paleta en las verduras mejaneras, he aquí que coloca en medio de su cuadro una mujer. Una mujer de ojos de terciopelo, de cara dulce, de serena expresión. Las verduras, que el artista pintó con efusión franciscana, se rindieron a la belleza de aquella vendedora adolescente. El artista acordó llamar al cuadro “Verdulera”, queriendo dignificar este nombre tan llevado y traído; reivindicar por medio del arte todo el valor de esta palabra: Verdulera.

Miguel Pérez Torres ha enviado a Madrid un pedazo vivo de Tudela. Carne de nuestra tierra y de nuestra mujer. Que Madrid sepa apreciar en lo que vale la labor, tan enorme como callada, de nuestro gran artista tudelano.

José M^a Iribarren

NAVARRA EN NAVARRA

Navarra, periódico de Tudela, hizo honor y verdad a su nombre, en cuanto a la cobertura de las informaciones literarias y gráficas. Ya desde el comienzo publicó una serie de “*Estampas Navarras*”, dibujadas por José M^a Iribarren, que presentaban en primera página vistas de:

- Ochagavía, el 5 diciembre 1931
- Belascoain, el 12 diciembre 1931
- Dicastillo, el 26 diciembre 1931
- Illarregui, el 16 enero 1932
- Izalzu, el 23 enero 1932
- Caserío baztanés: el 30 enero 1932
- Olite (San Pedro), el 6 febrero 1932
- Olite (Castillo), el 20 febrero 1932
- Santesteban, el 5 marzo 1932

La carretera de Tudela a Pamplona, y viceversa, proporcionaba noticias a las redacciones, sobre todo para la sección de accidentes. Uno de los puntos negros, llamados negros por su relación con el luto, era “el puente de Mendivil”, ya desaparecido del mapa viario. José M^a Iribarren lo conoció en sus peores tiempos y le dedicó un artículo, del que destacamos algunos párrafos, el 21 mayo 1932:

Ante el puente de Mendivil todos los chóferes pisaban el pedal del freno, ese pedal de piano que apaga el forte del motor. Sabían bien los conductores que la carretera de Pamplona se vale de esta revuelta en cuatro, bestial, para sacudirse a los autos que le son antipáticos. Que, pasado el obstáculo del puente, les aguardaba metros más arriba el de las barras blanquirrojas del paso a nivel, citando a banderillas al expreso...

La guía Michelin se disponía a señalarlo en sus mapas con el cráneo y las tibias de ¡peligro! Pero...

Cuando pasé hace días por su lomo lo estaban arreglando. Una brigada de operarios aprestaba en la orilla del río los sillares de la reparación. Se disponían –según supe– a ensancharle la entrada, a amortiguar la curva, a peraltar la carretera. Verdad es que en el puente se notan todavía los desgarros del último accidente. Que el pretil descuajado dejaba ver, semanas hace, sobre el cauce del río, el automóvil despeñado que lo destrozara.

¿Qué tendrá que ver esto? –me diréis. Y yo os respondo que fue precisamente este detalle el que me indujo a meditar.

Porque resulta deplorable que, para proveer a una reparación, haya sido preciso que la sangre tiñese de rojo-tragedia las piedras del Cidacos. Que para remediar un estado de cosas deficiente o injusto no nos baste en España el previsor aviso o las voces de alarma. Que sea sólo al aguijón de la tragedia cuando despierte de su sueño nuestra desidia proverbial...

A cada paso vemos esto. La reglamentación de salas de espectáculos no acusó su necesidad hasta el incendio del Novedades. Las víctimas de la calle de Alonso Cano llamaron la atención del Poder sobre las construcciones deficientes. El enorme montón de muertos en pasos a nivel ha impuesto el uso de señales de cruce acústicas y luminosas.

¿Por qué –se dice uno– no hallar remedio antes? Estas y otras reflexiones me sugirió, al pasar, el puente de Mendivil.

La *Navarra* contemplada por Iribarren era, no sólo la geográfica, “con perfil de águila boca abajo”, sino también la nacida de la historia y el fuero. Publicó series de “Viñetas históricas” y “Curiosidades forales”. Veía bueyes en pueblos de la Montaña y escribía el 12 de diciembre de 1931:

¡Los bueyes!... ¡Con qué amorosa solicitud se ocupa de ellos la ley foral! Bueyes de la montaña, bermejós, huesudos y buenazos. Bueyes grandes de cuernos de lira, hecho su oído a la áspera chirimía de la carreta. Yo los veo ahora, unidos al arado romano, hundiendo sus pezuñas gordas en la carne roja de los barbechos. De sus narices sale un vaho de frío. Y todo el paisaje parece gozarse de ellos...

Nuestro Fuero dice que, “si un hombre va por mercado o por villa con una bestia y no dice ¡Ayech! ¡Ayech! (el aida aida de nuestros boyeros) y causa daño él o su bestia, está obligado a resarcirlo; pero si iba diciendo ¡Ayech! ¡Ayech!, no tenga pena.

Iba Iribarren al Palacio de Olite para recorrer los miradores góticos, para subir al torreón de la atalaya, y escribía el 12 de noviembre de 1932:

En torno a esta plazona sola y solada del Palacio, la historia de Navarra se remansa en un azul de aguas profundas, de pliegues luminosos. Y siente uno el arregosto de soñar lejaneces, de apacentar la fantasía en los encantos olorosos de lo pasado.

Navarra, como palabra, tema y distintivo, aparece repetidamente en la obra de José M^a Iribarren. Es el titular del periódico tudelano donde inició la carrera de escritor y está en los títulos de varios de sus libros: “Batiburrillo navarro”, “Vocabulario navarro”, “Navarrerías”.

RESUMEN

Hubo un periódico, titulado Navarra, publicado en Tudela de 1931 a 1935. El principal redactor del periódico fue José María Iribarren, que entonces tenía de 25 a 29 años. El objeto de este trabajo es recordar dicho periódico y descubrir en él a José María Iribarren como periodista. Algunos artículos publicados en él contienen, como en semilla, los temas lingüísticos y costumbristas que posteriormente publicaría: *Vocabulario navarro*, *El porqué de los dichos*, *Navarrerías* y otros.

ABSTRACT

There was a newspaper called Navarra and published in Tudela from 1931 to 1935. Its main writer was José María Iribarren, then a young man. The object of the study is to remind that newspaper and to show José María Iribarren as journalist. Some articles published in Navarra contain the linguistic and folkloric subjects, which were afterward explained in its wellknown books: *Vocabulario navarro*, *El porqué de los dichos*, *Navarrerías*, etc.